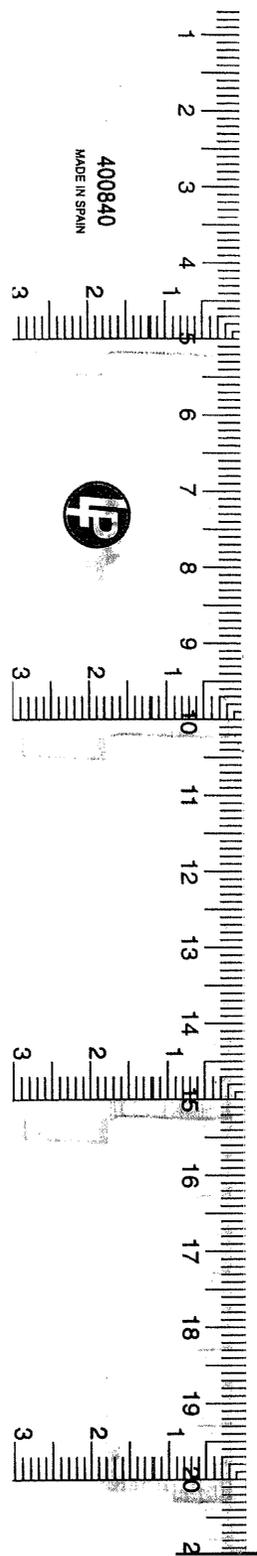


203



DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

JUAN ANTONIO SAMARANCH TORELLÓ

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MCMXCVII

32

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

JUAN ANTONIO SAMARANCH TORELLÓ

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MCMXCVII

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTOR "HONORIS CAUSA"
DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

JUAN ANTONIO SAMARANCH TORELLÓ

b: 12030697
i: 15221155

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MCMXCVII

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROFESOR
ANTONIO OÑA SICILIA CON MOTIVO DE LA
INVESTIDURA DEL DOCTOR
DON JUAN ANTONIO SAMARANCH TORELLÓ

© UNIVERSIDAD DE GRANADA
DISCURSOS ACTO DE INVESTIDURA DOCTOR "HONORIS CAUSA".
Edita: Secretaría General de la Universidad de Granada
Imprime: Gráficas La Madraza

Printed in Spain

Impreso en España

Excmo. Sr. Rector Magnífico
Claustro de Doctores de la Universidad de Granada
Señoras y Señores:

El acto al que hoy asistimos está lleno de significaciones institucionales y personales, por ello quisiera expresar, en primer lugar, mi agradecimiento más sincero a todos mis compañeros de la Facultad de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte y del Departamento de Educación Física y Deportiva, que hicieron la propuesta, por haberme concedido la oportunidad de realizar la laudatio y solicitar la venia del Claustro de Doctores para que se conceda la investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad de Granada a D. Juan Antonio Samaranch Torelló.

Cuando el día once de febrero de 1996, durante el acto de imposición de la insignia de oro de la Facultad de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte al propio D. Juan Antonio Samaranch, hicimos entrega al Excmo. Sr. Rector de la solicitud formal para que se le concediera el título de Doctor Honoris Causa, sabíamos que con ello iniciábamos un proceso de enorme implicación simbólica. Queríamos premiar toda su trayectoria personal, pero, es-

pecialmente, ciertos rasgos que han conducido a hechos concurrentes de gran trascendencia, como son, el centenario de los Juegos Olímpicos de la era moderna, la normalización académica de los estudios de Ciencias de la Actividad Física, y lo que hoy representa para el mundo, el Deporte y el Movimiento Olímpico Internacional.

La persona, en este caso, se encuentra en la categoría de símbolo universal. Ante realidades de esta dimensión, considero, que la Universidad debe mostrar una clara sensibilidad, al igual que ocurre con otras instituciones de gran prestigio, que no sólo premian grandes descubrimientos científicos, sino que lo hacen sobre personas que hayan promovido importantes valores y se hayan comprometido en la mejora de la sociedad. Pocas personas e instituciones promueven en la actualidad los valores éticos y de una forma tan práctica y operativa como lo hace el Comité Olímpico Internacional, y particularmente la persona que lo representa, su presidente D. Juan Antonio Samaranch.

Durante su mandato, que se eleva ya a dieciséis años, no sólo ha sido un cargo institucional más, una mera investidura formal, sino un verdadero protagonista, un creador, que ha puesto su sello y ha conducido al Comité Olímpico, al Movimiento Olímpico y al deporte mundial a las más altas cimas históricas.

El impacto económico, social y tecnológico que hoy tienen es innegable, pero ello lo ha logrado sin olvidar los principios éticos que representan y promovió el barón Pierre de Coubertin. Basta recordar el estado de parálisis y descrédito en que se encontraba el Movimiento Olímpico cuando accedió al cargo de Presidente el 16 de julio

de 1980. Los sucesivos boicots realizados durante los Juegos de Moscú y Los Angeles, constituían su expresión más sonora. Amenazaban con convertirlos en mera arma política, en un juguete arrojado en manos de los mandatarios de turno, de las ambiciones de las superpotencias.

Hoy la realidad es muy distinta y va más allá de las fronteras del hecho deportivo. El Comité Olímpico Internacional, supone una referencia común de paz, de solidaridad y de entendimiento, que se encuentra entre las de mayor importancia de nuestra sociedad. Su presencia y acciones en conflictos claves como los de Sudáfrica o Yugoslavia, o su llamada de atención cuando se temía el peligro de comercialización de los Juegos, constituyen claros ejemplos de su independencia y respetabilidad.

Todo ello, lo ha realizado el Sr. Samaranch con admirable discreción, paciencia, convicción y firmeza, pareciendo encarnar las palabras del poeta Amado Nervo cuando decía que,

La paciencia hizo el mundo, lo rige la paciencia...,
o que,

Quien alienta una fe tenaz, al hado más torvo compromete...

Su figura se une a esa corriente de insignes españoles que están haciendo historia con mayúsculas al frente de instituciones internacionales. Ellos representan a la nueva España, con la que soñaba Machado, La España del cincel y de la maza.

Precisamente, al doctorando le ha correspondido ser

actor de la coincidencia histórica que supone el cumplimiento de los cien años de los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna. Cuando en 1896 se celebraban en Atenas esos primeros Juegos, rememorando los antiguos Juegos y comenzando las nuevas Olimpiadas, se cumplía en gran medida el sueño de su promotor, el barón Pierre de Coubertin, del que D. Juan Antonio Samaranch es su más insigne heredero.

Para Coubertin, con estos Juegos y la organización del Movimiento Olímpico a través del Comité Olímpico Internacional, fundado dos años antes en la Universidad de la Sorbona, se ponía en marcha un ideal que pretendía restablecer grandes principios éticos a nivel mundial a través del deporte, como son, el culto al esfuerzo, la generosidad, el espíritu de superación, la solidaridad, y la integración de la actividad física con el mundo intelectual, este último, en palabras del propio Coubertin significaba, Unir nuevamente con los lazos de un legítimo matrimonio a dos antiguos divorciados: El músculo y el Espíritu.

Ahora más que nunca, y en gran medida gracias a nuestro doctorando, esos valores están presentes en la Humanidad. El Movimiento Olímpico, a los cien años, ha logrado una presencia indudable en todos los países, una capacidad económica y organizativa envidiables, pero también, y debido a la firme voluntad del Sr. Samaranch, ha potenciado los principios éticos y educativos que preconizó Coubertin, a través, sobre todo, de las Academias Olímpicas. En nuestro país, el presidente de la Academia Olímpica, el Sr. D. Conrado Duránte, constituye el me-

jor ejemplo de la lucha por esos ideales. Junto a él y, con ello, junto a la Academia Olímpica Española, la Facultad a la que represento y la Universidad de Granada a través de su Rectorado, están haciendo un gran esfuerzo para contribuir a la extensión del espíritu olímpico. Las numerosas actividades del centenario, que acabamos de celebrar a lo largo del pasado año indican una clara expresión de esa voluntad.

Pero D. Juan Antonio Samaranch supone igualmente, una referencia, por su contribución a la recuperación del deporte, la actividad física y lo corporal, para situarlos en el más alto grado de valoración científica y cultural..

El gran divorcio que comentaba Coubertin, entre lo corporal y lo intelectual, ha perjudicado notablemente a la concepción que ha tenido la actividad física y el deporte en el mundo de la cultura y el saber.

Un divorcio que comienza en Grecia, con el dualismo alma-cuerpo de la filosofía Socrática y Platónica, y se agudiza con las corrientes ascéticas cristianas de los siglos III, IV y V d.C, que al asociarlo a su maniqueísmo ético, convierten el alma en la representación del bien y el cuerpo en la del mal. Esta concepción, radicalizada, se extiende a todo tipo de práctica de ejercicio, juego o deporte, al quedar ligados a lo corporal. En la época moderna, el prejuicio dualista se hace laico, fundamentalmente a partir de Descartes, que lo mantiene y justifica más allá de lo religioso.

Teniendo en cuenta que no todo era perfecto ni ejemplar en la cultura helena, sí coincidimos con Friedrich Nietzsche, cuando nos dice que: "...sentimos vergüenza y

miedo ante los griegos, porque tienen en sus manos, como aurigas, tanto nuestra cultura como cualquier otra."

Muchos prejuicios de la cultura contemporánea sobre la actividad física, que tanto daño le han hecho, en parte, son producto de un olvido de lo griego como conjunto paradigmático y de la traslación mecánica a nuestro mundo moderno de las concepciones particulares de ciertas escuelas griegas sobre el cuerpo y la actividad física. Ese es, precisamente, el caso de Sócrates y de su epígono Platón, elaboradores del citado dualismo alma-cuerpo, que ya se anunciaba en los pitagóricos. En palabras del propio Nietzsche, *"Sócrates ... creó el prototipo del hombre teórico que encarnó la cultura alejandrina. Todo nuestro mundo moderno está preso de la red de la cultura alejandrina y reconoce como ideal, al hombre teórico. Todos nuestros medios educativos tienen puesta originariamente la vista en ese ideal."*

Sin embargo, para los griegos en su conjunto, incluido Platón, lo corporal y la actividad física eran parte constituyente del ser humano, y su cuidado y expresión constituía una necesidad de primer orden.

Precisamente, el propio Nietzsche analizó en profundidad otra de las grandes influencias de nuestra cultura: El cristianismo. Traído, a veces, a los tiempos actuales, al igual que lo griego, para tratar lo corporal y la actividad física de forma sesgada, acultural e intemporal (intempestivamente como él decía).

Mucho más intempestivo resultó en nuestro país, donde hemos sufrido casi medio siglo de nacional-catolicismo, que más allá de la perversión general que puede pro-

ducir toda dictadura política, nuestro campo la sufrió especialmente. Se apartó a la actividad física y al deporte de su entorno educativo y científico general, para utilizarlo como objeto de adoctrinamiento ideológico, reduciéndolo a un subproducto de la gimnasia paramilitar de triste recuerdo para muchos. Conformando con la religión y la política, la famosa trilogía de las tres marías. Este hecho no sólo le perjudicó claramente, condenándola a la marginalidad durante el período totalitario, sino que posteriormente produjo una reacción de rechazo entre la clase política, intelectual y universitaria, que la consideró como una parte del régimen felizmente acabado.

Parte de los llamados a sí mismos "intelectuales", recuperaron el pernicioso dualismo Platónico, reformulado en su visión cartesiana, para despreciar toda actividad física. Lo que ha quedado, de manera irremisible, como permanente sedimento de algunos de nuestros dirigentes y profesores. Aún, hoy se pueden oír entre los muros universitarios ecos de trasnochados dualistas, nostálgicos de la Universidad escolástica y amantes del saber embalsamado, aunque, afortunadamente, son escasos y sin muchos oídos atentos.

A pesar de todo, la sociedad ha ido incorporando la práctica de la actividad física y el deporte como uno de sus hábitos importantes, como un signo valioso de calidad de vida, de modernidad y de una sociedad democrática. Este fenómeno de dinamismo social unido al dinamismo reivindicativo de los licenciados en educación física y de los propios Institutos Nacionales de Educación Física ha provocado que se abordara, por el poder político y uni-

versitario, la plena integración institucional que demandaba nuestra área, y con ello se corrigiera el injusto retraso histórico que sufría.

Así, la educación física constituye en estos momentos una materia importante en todos los niveles educativos que establece la reforma del sistema de enseñanza a través de la LOGSE y ha incorporado al sistema universitario la formación de sus especialistas, con la integración de la licenciatura en Ciencias de la Actividad Física y del Deporte y la creación de la especialidad de Educación Física para las Escuelas Universitarias de Formación del Profesorado y las Facultades de Educación.

En la actualidad, podemos decir, que, al fin, la actividad física y el deporte tiene un lugar destacable en nuestra cultura, ligado con espíritu griego y coubertiniano, al arte y a la ciencia, y en ello ha tenido mucho que ver el Sr. Samaranch, a lo largo de toda su trayectoria vital, fundamentalmente, desde que tuvo responsabilidades en la política deportiva de nuestro país, continuándolo con su permanente acción al frente del Comité Olímpico.

Su unión con José María Cagigal, gran intelectual de dimensión internacional, trágicamente desaparecido, demuestra la claridad de sus ideas acerca de lo corporal, de la actividad física y de lo deportivo.

Los aspectos lúdicos de la actividad física y el deporte, no sólo dejan de ser hechos banales, para esa corriente de pensamiento que incluye a Nietzsche, Huizinga, nuestro Ortega y Gasset y el propio Cagigal, sino que, llegan a contener en sí, el impulso creador de la cultura. Como mantiene Huizinga en su *Homo Ludens*, «El juego está pre-

sente en el origen de toda cultura», o también, «Las culturas nacen en forma de juego.» Ortega, en su ensayo «El origen deportivo del Estado», afirma que el hombre crea fundamentalmente jugando. El trabajo es utilidad y por ello no es creador, sólo aprovecha y estabiliza lo que fue creado.

En la práctica del juego, de la actividad física, del deporte, se da ese estado de sublimidad humana. Contestando a Flaubert cuando sostenía que, no se puede pensar y escribir más que sentado, Nietzsche decía que, se debe estar sentado el menor tiempo posible, no prestar fe a ningún pensamiento que no haya nacido al aire libre y pudiendo nosotros movernos con libertad. A ningún pensamiento en el cual no celebren una fiesta también los músculos. O, igualmente, que, La agilidad muscular era siempre máxima en mí cuando la fuerza creadora fluía de manera más abundante. El propio Coubertin hablaba a ese propósito, de esa sana embriaguez de la sangre a la que se ha llamado alegría de vivir, que no existe en parte alguna tan intensa y exquisitamente como en el ejercicio corporal.

En España, uno de los vehículos esenciales para la normalización cultural y la revalorización de lo corporal y lo deportivo, han sido los Institutos Nacionales de Educación Física, gestados y propulsados por José María Cagigal y Juan Antonio Samaranch, a partir del primero de ellos, el de Madrid, que comenzó su actividad en 1967. Durante sus primeros años en una época política evidentemente adversa, convivieron ambas personalidades, uno al frente de la institución y otro al frente del deporte español, pocas

veces se habrá dado una unión más armónica, clara y privilegiada. Para mí, personalmente, ha supuesto una experiencia vital sublime haber tenido el privilegio de compartir con ellos esa etapa en mi condición, entonces, de estudiante.

Los profesores de educación física se formaban en instituciones politizadas, claramente ligadas al régimen entonces vigente, como eran la Academia de Mandos José Antonio, o la Escuela Militar de Toledo, nombres de por sí evocadores. Por ello, la empresa de poner en marcha un centro apolitizado, moderno y de signo y aspiraciones universitarias, como los Institutos Nacionales de Educación Física, implicaba notable dificultad.

En lo que ellos hicieron y nos transmitieron se encontraba el germen de lo que se ha conseguido, la plena integración universitaria y su normalización científica. Lo cual ha ocurrido sólo en fechas recientes. El proceso de normalización en todo el Estado se comenzó, precisamente, en el Instituto Nacional de Educación Física de Granada, culminándolo tras su conversión en Facultad. Desde sus comienzos, nuestro centro ha mantenido presentes el ideal universitario y olímpico, como metas siempre inacabadas. No nos cabe duda, pues, que nuestros logros y lo que somos hoy, se lo debemos en gran medida a D. Juan A. Samaranch, considerándonos simples herederos de su proyecto.

Quedaría incompleta e injusta esta laudatio sino habláramos de su relación con Granada y su Universidad. Así, siendo Delegado Nacional de Deportes, apoyó la consolidación de la estación de esquí de Sierra Nevada, presen-

tando al Consejo de Ministros la propuesta para que Granada fuera sede de unos Juegos Olímpicos de Invierno. Durante esa época promovió la construcción de las instalaciones deportivas universitarias de Fuentenueva. En la actualidad mantiene su relación mediante proyectos comunes con la Universidad de Granada, como lo es el del Centro de Estudios Olímpicos, radicado en la Facultad de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte.

Hoy en Granada y en su Universidad, con la que tanta vida le une, en la Granada eterna cantada por nuestros poetas, en la Granada, también, moderna y dinámica que mira al futuro, solicito por sus evidente méritos, al Claustro de doctores, la concesión del grado de Doctor Honoris Causa por la Universidad de Granada a D. Juan Antonio Samaranch Torelló.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA EN EL TEXTO

- DURÁNTEZ, C. (1995). *Pierre de Coubertin y la Filosofía del Olimpismo*. Madrid: Comité Olímpico Español.
- HUIZINGA, J. (1968). *Homo Ludens*. Barcelona: EMECE
- EDITORES CAGIGAL, J. M. (1996). *Obras selectas*. Madrid: Comité Olímpico Español.
- NIETZSCHE, F. (1872). *El nacimiento de la tragedia*. (Traducción española 1973, Madrid: Alianza Editorial).
- NIETZSCHE, F. (1888, 1908). *Ecce homo*. (Traducción española 1971, Madrid: Alianza Editorial).

NIETZSCHE, F. (1883). *Así habló Zaratustra*. (Traducción española 1978, Madrid: EDAF).

ORTEGA Y GASSET, J. «El origen deportivo del Estado» (Tomado de J. M. Cagigal, *Obras Selectas*, 1996).

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR
DON JUAN ANTONIO SAMARANCH TORELLÓ
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO
DOCTOR HONORIS CAUSA

EL OLIMPISMO: FILOSOFIA Y PEDAGOGIA

Introducción

El deporte como fenómeno social ha alcanzado las más altas cotas de popularidad, práctica e interés a escala universal en las postrimerías de nuestro siglo. La noticia deportiva y las circunstancias organizativas y ambientales que acompañan su desarrollo son seguidas cotidianamente con el máximo interés por ciudadanos de los más diversos países y pertenecientes a las clases sociales más dispares. El deporte llena nuestros periódicos y tiene mayor número de lectores que cualquier otro tipo de noticia. Su lugar en los medios informativos refleja el gran atractivo que hoy ejerce sobre el conjunto de nuestra sociedad. Por ello, opinaba mi querido y siempre admirado amigo José María Cagigal, el deporte acompaña, quiéralo o no, al hombre de nuestro tiempo y es en alguna manera distintivo de la época en que vivimos. Por ello, debe de ser abordado con la mayor responsabilidad posible por los estudiosos.

Pero si el deporte está inserto en la entraña misma de

nuestra sociedad como un valor genérico, cuando se trasladada a su dimensión olímpica, la base deportiva se une a la fuerza filosófica de la ideología que mueve e impulsa al olimpismo, resultando una potencia sociológica de primera magnitud.

Probablemente a finales del siglo XX no exista otro fenómeno que dentro de su marco de influencia reúna a una tan numerosa y variada familia de adeptos como el olimpismo reúne. Probablemente, no hay otra actividad humana en su múltiple dimensión cultural, científica, política, filosófica o artística, que congregue en un lugar concreto del planeta, a un tan variado mosaico de razas, lenguas, religiones y sistemas políticos.

El olimpismo ha sobrepasado guerras mundiales, terrorismo, injerencias políticas y boicoteos internacionales y, próximo al centenario de su restablecimiento moderno, ofrece al mundo la frescura perenne de sus ideales democráticos y humanitarios, y la constante esperanza de la ansiada paz universal. En 1920, Pierre de Coubertin se refería a los obstáculos al progreso del olimpismo el cual, pese al transcurso del tiempo, podría tener hoy novedosa actualidad: «el olimpismo es una gran maquinaria silenciosa, cuyo movimiento no cesa nunca, a pesar de los puñados de arena que algunos lanzan contra ella, con tanta perseverancia como falta de éxito, para tratar de impedir su funcionamiento.»

Según Robert Parienté, uno de los más conocidos comentaristas olímpicos de los medios de comunicación: “Ninguna institución puede ser comparada a la de los Juegos Olímpicos, por su perennidad y por la fuerza que ejercen sobre la cultura y la conciencia universales. Los Jue-

gos Olímpicos son un fenómeno único en la historia de nuestra civilización. Las principales tendencias, las inquietudes y las pasiones de una época se reflejan de forma directa en los Juegos. En otro sentido, el alma profunda del país que los cobija, los marca y les da un estilo de vida y un calor que permanece por más tiempo en el recuerdo que los propios récords deportivos conseguidos”.

Los Juegos Olímpicos son deporte, pero no solamente deporte. Si solamente fueran eso quizá no valdría la pena dedicar a ellos tanta energía y tantos medios. Si cada cuatro años una ciudad con el apoyo de una nación se empeña resueltamente en esta aventura, es precisamente porque existen hombres que saben que los Juegos Olímpicos son mucho más que simple deporte. Los Juegos viven con y para el deporte, del que propagan las virtudes y contribuyen a menudo a destacar los aspectos humanos a través de las tristezas, pues cada victoria va acompañada siempre de una derrota. Por ello, no es sorprendente que la historia olímpica esté entretejida por momentos de alegría y a la vez de instantes dramáticos que nos aportan lecciones constantes de convivencia.

El 26 de noviembre de 1892, Pierre de Coubertin ejecuta el primer intento para el restablecimiento de los Juegos Olímpicos. Su propuesta, formulada en el Anfiteatro de la Sorbona de París, es acogida con generalizado júbilo, a la par que con evidente incompreensión. La nueva invitación, expuesta dos años más tarde en el congreso que habría de tener lugar en el mismo recinto entre los días 16 a 23 de junio de 1894, es aceptada por unanimidad de los delegados asistentes, iniciándose a partir de aquel mo-

mento la andadura histórica del moderno olimpismo.

Se crea el Comité Olímpico Internacional, se arbitran las primeras normas reglamentarias, y en abril de 1896 Atenas es escenario de los Juegos de la I Olimpiada Moderna. En el mismo año, el Comité Olímpico Internacional cuenta con dieciséis miembros, pertenecientes a distintos países que habían creído en la idea expuesta por Coubertin. Sólo existen tres Federaciones Internacionales y trece Comités Olímpicos Nacionales. Dieciséis años más tarde, en 1912, el Comité Internacional Olímpico cuenta ya con treinta y nueve miembros, las Federaciones Internacionales son trece y los Comités Olímpicos Nacionales veintiocho. En 1936, con ocasión de los Juegos de la XI Olimpiada en Berlín, el C.I.O. alcanza sesenta y ocho miembros y los Comités Olímpicos Nacionales han subido a cincuenta y uno.

En la actualidad el Comité Internacional Olímpico cuenta con ciento once miembros, las Federaciones Internacionales que forman parte del Programa Olímpico son treinta y cinco (veintiocho en el Programa de los Juegos Olímpicos / siete en el Programa de los Juegos Olímpicos de invierno), y otras veintidós están reconocidas. Los Comités Olímpicos Nacionales alcanzan la cifra de ciento noventa y siete.

Sobre este trípode, constituido por el Comité Internacional Olímpico, las Federaciones Internacionales y los Comités Olímpicos Nacionales, se asienta la estructura del Movimiento Olímpico moderno. El protagonismo y las esferas de acción de cada una de las tres entidades, fue precisa y magistralmente delimitada por Avery Brundage,

quinto Presidente del C.I.O. en el informe presentado en Lausana, en Marzo de 1960 y dirigido a los componentes de las tres instituciones, como consecuencia de un proyecto presentado por la URSS sobre la reorganización del Comité Internacional Olímpico. «Los Comités Olímpicos se crearon —decía Brundage— asumiendo el trabajo de organizar la participación en los Juegos de los diferentes países, mientras que las Federaciones Internacionales eran las responsables de establecer las reglas y reglamentos técnicos de las pruebas. El C.I.O. se reserva el derecho de dirigir y controlar todas las cuestiones concernientes a la aplicación de las reglas olímpicas.» La realidad actual, ligeramente transformada y adaptada a las necesidades de nuestros tiempos, mantiene dichos principios.

Filosofía

El Olimpismo, como poderosa fuerza sociológica, ha escalado los primeros rangos de popularidad y admiración universal, adquiriendo en las últimas décadas una especial notoriedad.

Dos son los elementos esenciales que conforman su potencia:

De un lado, la dimensión tangible y solemne de los Juegos Olímpicos en sí, cuyo desarrollo ceremonial, junto con las enconadas competiciones deportivas, son difundidos a través de los medios de comunicación social a los rincones más remotos del planeta.

Por otro lado, la dimensión recóndita y profunda de los

mismos, el espíritu que mantiene su grandeza, el alma que atesora sus virtudes: la filosofía del Movimiento Olímpico, semi-ignorada por el gran público, que sólo conoce parte de su significado a través del espectáculo de los ritos de los Juegos.

Para muchos, el ciclo olímpico se inicia con el alumbramiento del fuego en el estadio y finaliza el día de la clausura, cuando la llama se extingue. Sin embargo, durante el cuatrienio olímpico, la gran festividad deportiva es alentada, sostenida e impulsada por los profundos ideales filosóficos que mantienen los Juegos.

La robustez del ideario olímpico, es factor condicionante de la salud sociológica de los Juegos y las experiencias retrospectivas e históricas nos demuestran que el declive filosófico del Movimiento Olímpico condiciona de manera fatal el devenir de esta gran fiesta. El olimpismo antiguo, con 1168 años de existencia, atestigua con su curva de auge, descenso, crisis y desaparición la profunda simbiosis que siempre existió entre estos dos elementos. El agonismo litúrgico-heleno es, durante siglos, la encarnación de las máximas aspiraciones estéticas y morales de un pueblo y de una cultura inigualable, que consiguió el inalcanzable don del equilibrio.

Pierre de Coubertin, erudito historiador y fervoroso amante de la cultura griega clásica, aprovecha el estudio de los ritos agonísticos de la antigüedad y los convierte en vehículo conductor de sus ideas educativas y pedagógicas. Toda la variada y rica filosofía que aplica al moderno olimpismo, por él restaurado, se encuentra dispersa en su copiosa obra literaria. En ella, se amalgaman ideas

centrales no estructuradas sistemáticamente, pero cargadas de fuerza y poder de arrastre, y que se concretan en religiosidad ritual, tregua universal, nobleza, caballerosidad y belleza espiritual. No es un programa lo que Coubertin deja: es un estilo, un talante, un entendimiento del deporte.

La dispersa ubicación del ideario olímpico de Coubertin podría inducir equívocamente al desuso de su vigencia. Sin embargo, la Carta Olímpica, como Constitución del moderno olimpismo, lo recuerda en sus Principios Fundamentales y establece como objetivos del Comité Internacional Olímpico, que los Juegos Olímpicos sean cada día más dignos de su gloriosa historia y del noble ideal en que el Barón Pierre de Coubertin se inspiró para restaurarlos.

Coubertin luchó denodadamente durante toda su vida por el mantenimiento de su ideario, para cuya salvaguarda insistió siempre en la independencia a ultranza de los miembros del C.I.O. y de éste mismo como institución colegiada. En un discurso pronunciado en Estocolmo el 4 de julio de 1912 Coubertin afirmaba: «Todo el mundo se da cuenta y reconoce hasta qué punto la total independencia, que nuestra Constitución nos asegura, ha contribuido al éxito de nuestras empresas. Las comunidades deportivas son las primeras en comprender que bajo un régimen diferente los Juegos Olímpicos habrían fracasado desde el principio.»

El olimpismo es, a tenor del principio fundamental 2 de la Carta Olímpica, «Una filosofía de la vida que exalta y combina en un conjunto armónico, las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Aliando el deporte con

la cultura y la educación, el olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales". En igual sentido y de forma más sintética, podría considerarse al olimpismo como una filosofía de la vida que utiliza al deporte como medio para desarrollar ideales formativos, pacifistas, democráticos y humanitarios.

El deporte es la correa transmisora del ideario olímpico, siendo por ello el marco de la competición un lugar de ricas posibilidades de camaradería, comprensión, conocimiento y amistad. Sin embargo, el deporte ha experimentado una revolucionaria transformación en el último cuarto de siglo. Las exigencias de la alta competición han requerido progresivamente mayor dedicación y entrenamiento de los deportistas de élite, dando lugar a un nuevo panorama competitivo. La realidad actual fue oficialmente admitida por el Comité Internacional Olímpico y provocó agudas críticas en diversos sectores, pero fue una evolución a considerar como normal dentro de la historia olímpica, que en ningún caso significa renuncia o infracción de sus principios. Los principios que rigen su funcionamiento, permanecen inmutables: igualdad, no discriminación, paz, justicia, democracia, igualdad de oportunidades, honor al talento, respeto al vencido, etc. El trasnochado concepto del amateurismo, que de forma tan frecuentemente infundada se utilizó como arma arrojadiza en contra de la postura del Comité Internacional Olímpico, suponía el desconocimiento de los principios democráticos en que el olimpismo descansa, así como de la equita-

tiva norma del código de igualdad de oportunidades que es también patrón olímpico de justicia social.

El Comité Internacional Olímpico borró en 1972 de la Carta Olímpica la palabra "amateur" y éste ha sido uno de los mayores pasos que se han dado para adaptar el Movimiento Olímpico a una necesaria evolución acorde con nuestros tiempos.

Pedagogía

Podemos definir educar como instruir, enseñar y capacitar en una materia o asunto. En el tema que nos ocupa, los Comités Olímpicos Nacionales, por el simple significado de su nombre, serán en sus respectivos países los protagonistas responsables de la difusión de los valores morales y espirituales de la filosofía que encierra el Movimiento Olímpico. Pero, sobre estos Comités gravita, además de la función pedagógica ya reseñada, la de la vigilancia y control del nivel técnico del deporte cara a la inscripción de los atletas en los Juegos Olímpicos. El igualitario ejercicio de ambos cometidos, supondría su equilibrado funcionamiento. Sin embargo, la realidad de este ideal, en la inmensa mayoría de los casos no se ha llevado a cabo, y la dimensión pedagógica o divulgadora se ha visto minimizada. Ya en 1920, preveía Coubertin esta anomalía: «Los progresos del deporte sobre todo los técnicos, no se han interrumpido desde que el deporte ha vuelto a ocupar su sitio en el campo de la pedagogía. Tengamos cuidado para que el punto de vista técnico no oscu-

rezca al pedagógico.» No sería progreso confundir la Educación Física preparatoria con la Pedagogía Deportiva, llena esta última de recursos todavía sin explotar.

Comprensible era la preocupación de Coubertin, ya que en esencia el restaurador del olimpismo fue un pedagogo social, promotor del gran acontecimiento deportivo del siglo XX, y todo su quehacer lo dedicó de forma ilusionada y constante al logro de la reforma del sistema educativo. De ahí que buscarse en los cuadros dirigentes de las estructuras deportivas a educadores imbuidos de los principios que él predicaba.

Pero si para la dirección del deporte y las agrupaciones deportivas Coubertin manifestaba así sus exigencias, más exigente era aún en la concepción de cómo deberían de ser estructurados los Comités Olímpicos Nacionales, evidenciándose una vez más en sus recomendaciones, su ferviente deseo de que, a través de ellos, se difundiera permanentemente el ideario que contiene la filosofía olímpica. «Creemos —decía en un artículo publicado en 1903— que para una mayor eficacia de nuestros esfuerzos, los miembros de los Comités Olímpicos Nacionales no deberían de proceder ni de las principales Federaciones ni de las uniones o asociaciones atléticas; pues estos Comités, deben de estar en principio al margen de todo el cúmulo de problemas internos que siempre existen. Deben de estar integrados por personas competentes, alejadas de todo tipo de querella y libres de influencias de los organismos exteriores. El carácter permanente de esos Comités, será de una gran utilidad, pues estarán siempre dispuestos a actuar cuantas veces sea necesario, incluso durante el in-

tervalo de las Olimpiadas.» En esto, ciertamente los tiempos han cambiado y hoy en día no se puede concebir un Comité Olímpico Nacional sin la plena participación de sus Federaciones Nacionales.

Ya nos hemos referido con anterioridad a la progresiva constitución de los Comités Olímpicos Nacionales. Dieciséis en el momento de los primeros Juegos Olímpicos, ciento noventa y siete en los tiempos presentes. Pero, si en un principio sólo se había pensado en ellos como organismos colaboradores olímpicos para la organización de los Juegos, en 1923, el Comité Internacional Olímpico les encarga la trascendental tarea para el olimpismo de difundir la base filosófica de sus principios.

En las sucesivas redacciones de las normas rectoras del movimiento olímpico, se ha venido insistiendo en el esfuerzo especial que han de desarrollar los Comités Olímpicos Nacionales para la educación olímpica de sus jóvenes. La Norma 31 de la vigente Carta Olímpica fija la misión y composición de los Comités Olímpicos Nacionales, y en el apartado referente a sus fines, se establece con carácter prioritario: «Difundir los principios fundamentales del olimpismo a nivel nacional, en el marco de la actividad deportiva, contribuyendo entre otros, a la divulgación del olimpismo en los programas de enseñanza de educación física y deporte en las instituciones escolares y universitarias, fomentando la creación de instituciones dedicadas a la educación olímpica y, sobre todo, la creación y actividades de las Academias Olímpicas Nacionales, Museos Olímpicos.»

En el apartado 8.1 de los textos de aplicación del precepto anterior se consigna una precisión de singular valor, que enmarca toda la filosofía de Coubertin a la que ya se ha hecho referencia. Llama la atención a los Comités Olímpicos Nacionales para que en la selección de sus atletas, para los Juegos Olímpicos, se tengan en cuenta no sólo los registros deportivos del concursante, «sino también la capacidad de éste para servir de modelo a la juventud deportiva de su país». Más adelante en el apartado 9, la Educación Olímpica atribuida a los Comités Olímpicos Nacionales se programa en toda una serie de recomendaciones, como son la organización anual del día olímpico, la potenciación de actividades que fomenten la cultura y las artes en el plano deportivo del olimpismo, y el mantenimiento a ultranza del recto sentido de los principios olímpicos.

La Academia Olímpica Internacional/Academias Olímpicas Nacionales

La Academia Olímpica Internacional, inicia el rumbo de su andadura histórica en Olimpia el día 16 de junio del año 1961, y supone la puesta en marcha de un organismo que de, forma específica, trata de propagar a nivel mundial los principios filosóficos del Movimiento Olímpico. Desde 1962, la Academia Olímpica Internacional, fijó sus postulados en el artículo 2 de su Reglamento Provisional, que establecía como objetivos la creación de un Centro Cultural Internacional en Olimpia para el estudio y apli-

cación de los principios pedagógicos y sociales de los deportes, y la consolidación científica de la idea olímpica. El Comité Internacional Olímpico puso bajo su esfera de protección a la Academia Olímpica y en 1963 constituyó una comisión especial para su seguimiento y potenciación, al frente de la cual figuraba como Presidente Juan Ketseas, que ejercía también la Presidencia de la Academia. En estos 32 años de funcionamiento, la Academia de Olimpia ha alcanzado plenamente los objetivos pretendidos, siendo poderoso órgano unitario, difusor a nivel mundial de la educación olímpica.

A nivel nacional, la creación en diversos países de Academias Olímpicas Nacionales, ha supuesto para la Internacional, un instrumento inapreciable de colaboración y para los Comités Olímpicos un medio específico de potenciación de su misión educativa. Según nuestras referencias, en la mayor parte de los países que cuentan con Academias Olímpicas, éstas han asumido plenamente las tareas divulgadoras olímpicas, ya que funcionan generalmente dirigidas y orientadas por un subcomité formado por miembros del propio Comité Olímpico Nacional.

La Academia Olímpica Española, fue la pionera en el mundo entre las de su género. La jornada inaugural constitutiva, que tuvo el honor de presidir, se celebró el 25 de noviembre de 1968, en la Sala Internacional del INEF en Madrid; José María Cagigal, Director de ese Centro, así como de un nutrido grupo de personalidades deportivas, estuvieron presentes en el acto. La idea de la Academia Olímpica Española, creada en el INEF y con cursos dedicados a los alumnos del centro, se realizaba sobre la base

eficaz y lógica de sembrar para los que a su vez iban a ser sembradores de futuros licenciados en Educación Física, profesores o entrenadores deportivos.

Granada y su Facultad de Educación Física, con pleno apoyo del Rectorado, han sido ejemplo en la difusión de la filosofía olímpica, habiendo programado dos cursos oficiales de la Academia Olímpica Española. También, en colaboración con la misma y con el Comité Olímpico Español, han constituido un Centro de Estudios Olímpicos, y en trabajo conjunto con la Diputación y los Ayuntamientos, han realizado una extensa campaña de educación y difusión olímpica a nivel escolar. Ha sido también en la granadina ciudad de Santa Fe, donde el año pasado tuvo lugar el VI Congreso de la Asociación Iberoamericana de Academias Olímpicas, la primera asociación existente en el mundo de este tipo, que utilizando el vehículo común del idioma, la historia y la cultura, impulsa la difusión y la enseñanza del olimpismo en una extensa área de países.

La Academia Olímpica Española, desde 1986, y a través de veintiocho Cursos Oficiales ha entregado más de cinco mil diplomas de participación, y son ciento cuarenta y cinco los jóvenes que han obtenido a su vez la titulación de la Academia Olímpica Internacional.

Hoy en día, estos diplomados distribuidos a lo largo de toda la geografía nacional, son los más adecuados valedores para la difusión de los principios del olimpismo, en un período histórico de especial satisfacción y orgullo, ya que podemos afirmar que en las postrimerías del siglo XX estamos viviendo la Edad de Oro del deporte, y el Movimiento Olímpico puede sentirse orgulloso de haber

contribuido a hacer realidad el pensamiento del Barón Pierre de Coubertin.



Biblioteca Universitaria de Granada



01042333